

Plus ultra

TRES son las etapas sucesivas de la civilización. Primeramente fué mediterránea; continuó siendo atlántica y terminará siendo pacífica. ¿Terminará siéndolo en efecto?... ¡Plegue a Dios que así sea!

La historia clásica desarrollóse bordeando las cuencas del Mediterráneo. Comenzó en la más oriental de las tres y terminó en la más occidental. Egipto, Asiria, Persia, Fenicia y Judea iniciaron la historia con el esplendor de su organización hierática, sus lentos siglos de leyenda, sus sátrapas opulentos, sus guerreros terribles, sus monumentos ciclópeos, sus faraones extáticos y sus naves codiciosas que, al decir del profeta Ezequiel, convirtieron a Tiro en el bazar del mundo.

Más tarde, al saltar de Asia a Europa, la civilización tornóse individualista, libre y humana. Las penínsulas griega e italiana, patrias del «antico valore», como cantó Petrarca, impusieron su situación geográfica privilegiada a la historia. Más tarde aún, el genio griego, difundido por el mundo, merced a la obra latina de síntesis y unificación, colaboró íntimamente con el monoteísmo israelita y preparó el auge de la idea cristiana.

Obsérvese que el Mediterráneo es el golfo más grande del planeta. Ningún otro mar interior tan vasto como éste. Como si, al iniciarse la historia, no hubiera sido oportuno esparcir por el mundo la semilla de la cultura humana; como si la Providencia amparase y contuviese en un recinto cerrado y benigno, en el seno del viejo Continente, el tesoro de la civilización, para después abrirle ancha esfera de actividad sobre la dilatada extensión insondable del Océano.

Aun no había desempeñado su papel preponderante en la obra secular de las gentes la península más occidental del Mediterráneo. Iberia encastóbase en los límites de la vieja civilización. Sobre las Columnas de Hércules ostentábase la hermética divisa «Non plus ultra». El Universo, en su mayor parte, era una incógnita casi absoluta para los pueblos predilectos de la inteligencia. Europa bañábase en su pequeño y milagroso mar y en él ahogaba, celosa o impotente, su genio.

Sonaba, puntualmente, la hora de la ampliación definitiva de la historia. Era el instante de la mayor expansión espiritual del mundo, desde los lejanos días de Pericles. Al «milagro griego», que dijo Renán, nada podría equipararse sino esa otra estupenda floración de ingenios que, con el mismo dere-

cho, podría apellidarse el milagro florentino, el milagro italiano del Renacimiento. La Atlántida iba a revelarse, gracias al genio de un hombre y la audacia de un pueblo. El genio era Colón y el pueblo España: ¡Plus ultra!

En las tierras de Asia y Africa, la obra europea resultaría siempre exótica. En las nuevas regiones de esta gran Colombia iban a centuplicarse las posibilidades de éxito de la acción occidental. Europa llegaría a ser la dueña del mundo cuando desarrollara y unificara, con sus recursos espirituales, el esfuerzo del continente descubierto, y prohiciera en las vastas regiones americanas nuevos pueblos que tornasen a intentar, con la osadía de sus mayores, el vuelo arcano de Psiquis sobre la tierra absorta; nuevas Españas y Portugales e Inglaterras nuevas que, sin renegar jamás de su origen, multiplicaran, con los atributos de su propia personalidad colectiva, los matices de la elaboración hermana y respondieran con nuevas creaciones y heroísmos al heroísmo creador de las razas conquistadoras.

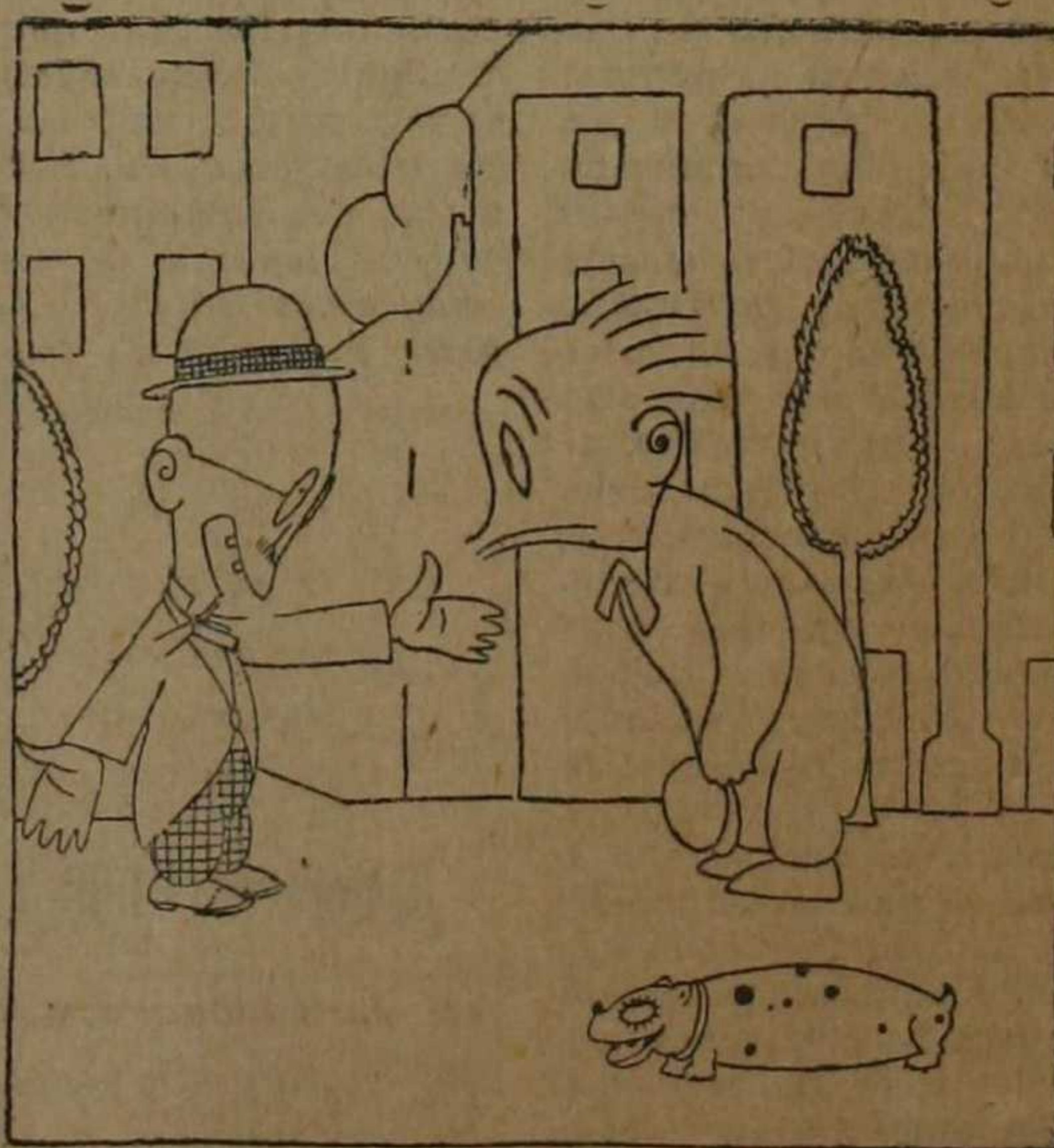
España abría la era de la civiliza-

ción atlántica. Carlos Quinto, el glorioso flamenco nieto de los Reyes Católicos, emperador alemán y señor de las nuevas regiones americanas, inicia la ruina de las manufacturas italianas. Los banqueros venecianos, florentinos y genoveses no podrán competir con el dueño de las minas de México y el Perú. A partir de este instante, Sevilla y Lisboa substituirán a Génova y Venecia; y el movimiento económico, base de la historia, comunicará su impulso renovador a toda la estructura social, situando el porvenir humano en ambas costas fronteras de América y Europa. ¡Plus ultra!... Colón realizaba con su arrojo el mito de la Atlántida. Rescatábala del seno del océano, y entregábala a los hombres para hacer de ella una morada próspera y feliz.

Pero el impulso creador de la historia es por esencia incoercible. Así como el Mediterráneo resultó estrecho para abarcar la fuerza expansiva de la civilización, el Atlántico cederá su importancia actual, en no lejano día, al Pacífico. Perturbaremos su somnolencia divina; zurecaremos su desdeñosa extensión; y, como todo está descubierto, fundaremos en las costas de California y de México, de Colombia, Chile, el Perú y el Ecuador, emporios mercantiles que igualen y superen a

Cuento alemán

Por BAGARÍA



—Oh Fritz, qué cosa más extraña me pasa; me parasías tu hermano...

—Pero ¿no sabes que yo no tengo hermanos?

—Por esto te he dicho qué cosa más extraña. ¡Ja, ja, ja!...

(El Sol, Madrid).